

ESTRATEGIA INTERNACIONAL

*La paz total y la gran guerra
han muerto juntas.*

Gral. André BEAUFRE.

La estrategia moderna es, esencialmente, «antibélica». Responsables: las armas nucleares. Hoy se trata no ya de conseguir la victoria por los medios tradicionales—tan olvidados como el requisito previo de declaración de guerra antes de comenzar las hostilidades—, sino de lograrla, y a toda costa, pero por medios más racionales, previa una detenida ponderación de la potencia y de la situación del adversario, sus vulnerabilidades, posibles reacciones de todo tipo y, por otro lado, las disponibilidades propias, incluyendo aquí toda la serie de ventajas posibles (sorpresa, desorientar al adversario, llevar la iniciativa-control, etc.). La estrategia se utiliza para vencer al adversario contando con toda clase de ventajas y, muy importante, con economía del gasto y del riesgo.

El resultado es lo único invariable, fijo, permanente: *la victoria*. Todo lo demás está en función de ella, siguiendo, desde luego, un sistema racional y lógico.

La estrategia, arte de dirigir la política conflictual, consiste precisamente en la adecuada elección de los generalmente múltiples medios disponibles (que serán de mayor o menor importancia) y conjugarlos activamente para lograr el resultado apetecido, insisto que con la máxima economía de esfuerzos pero también con una total seguridad en el triunfo.

En el plan estratégico no caben circunstancias aleatorias y, por ende, no considerar las posibles reacciones del enemigo es el mayor o uno de los mayores pecados en que puede incurrir un estratega. El equivocarse en la

apreciación de esas reacciones—normalmente siempre habrá reacción—entra dentro de lo posible si no se tienen en cuenta los impulsos de orden nacionalista, religioso, económico, político, moral...

MODELOS ESTRATÉGICOS.

El notable experto que es el Director del Instituto francés de Estudios Estratégicos, General André Beaufre, clasifica muy razonablemente los posibles «modelos», considerando la importancia del objetivo en relación con la potencia propia y la contraria. Así aconseja, según los casos, la amenaza, la presión no directa mediante acciones políticas, económicas y diplomáticas, las acciones sucesivas y combinadas, la estrategia de desgaste—contando con gran libertad de acción—y la intervención militar (estrategia militar). Sin embargo, hay que tener en cuenta en cada caso todos los puntos existentes y los que puedan surgir. Y considerar los principios que informan toda estrategia: acomodación automática en las diversas fases del proceso, aprovechamiento máximo de los factores favorables y de los neutros, así como de los medios del adversario caídos en nuestro poder, dispersión del adversario si es posible con sorpresa, buscar la decisión en teatros secundarios, flexibilidad en la utilización de las fuerzas y otros varios. En todo caso, una buena maniobra que conjugue acertada y oportunamente los medios ofensivos y defensivos nos permitirá gozar de la libertad de acción que facilitará enormemente el feliz despliegue de la estrategia.

La aplicación de la estrategia se realiza mediante las tácticas, que encuentran hoy múltiples posibilidades con los extraordinarios perfeccionamientos de la técnica, aunque no debemos olvidar que por su misma y peculiar naturaleza una estrategia puede ser buena y alcanzar el objetivo de la victoria aun sin ser ampulosa de medios (y por tanto sin recibir gran apoyo de la técnica moderna): con una táctica simple, pero hábil, el resultado puede e incluso suele ser mejor.

¿ESTRATEGIA DIRECTA O ESTRATEGIA INDIRECTA?

Dos grandes tipos estratégicos, el directo y el indirecto, se oponen teóricamente. Con la estrategia directa se trata de conseguir disuadir al enemigo

mediante el empleo de fuerzas militares consideradas como medio principal. Esta estrategia, utilizada en las dos guerras euromundiales, no parece hoy la más apropiada.

Con la estrategia indirecta se trata igualmente de alcanzar el objetivo de la victoria, pero no ya con el directo y prácticamente exclusivo empleo de la fuerza, sino a través de medios indirectos, tanto políticos como económicos, diplomáticos, morales, etc.

La estrategia actual comprende, esto es verdad, ambos modos pero estimo que en realidad es la estrategia indirecta no sólo la que está en boga, sino *la estrategia* de nuestros días, bien entendido que aun permitiendo eludir la amenaza nuclear engloba formas posibles de estrategia directa. No se puede olvidar que la razón de lo indirecto de la estrategia de hoy es la existencia de las armas nucleares, de enorme poder de destrucción. Hoy, la opinión mundial—individual y colectiva podríamos decir, esto es individualmente y a nivel nacional—influye, determina, condiciona los grandes movimientos políticos. Y la comunidad, individual y colectivamente, sería quien sufriría las consecuencias de las terribles armas nucleares... Como estrategia directa cabe también el empleo de fuerzas meramente convencionales, que no se pueden ni comparar con las nucleares. Con el General Beaufre podemos decir que «el equilibrio por el terror es desagradable e incluso puede ser inmoral, pero representa, en tanto no se llegue a un mejor procedimiento, un gran progreso».

LA ESTRATEGIA DE DISUASIÓN, PROPIA DE NUESTRO TIEMPO.

La estrategia de disuasión, estrategia que priva desde el surgimiento de la amenaza atómica, hoy por hoy irresistible (mientras no aparezca la «super-arma»...), está basada en la posesión de una gran potencia de destrucción y de una gran capacidad de penetración. El valor de esta estrategia queda ligado, sin embargo, a la capacidad de supervivencia.

Por la disuasión *no se pretende el llegar a utilizar la fuerza*—es una estrategia de «no guerra»—, sino precisamente valerse de la posesión de esa gran potencia destructiva con un fin psicológico para impresionar al enemigo e impedirle utilizar su fuerza ofensiva, *haciéndole creer* en el desencadenamiento de grandes represalias en respuesta a su hipotética ofensiva, represalias que normalmente serían contra fuerzas, armas, bases del adversario, pero que podrían ser también contra grandes ciudades... y esto no sólo por

razones de atemorizar aún más al enemigo, sino también por economía del gasto.

En la estrategia de disuasión podemos destacar la presencia de *tres factores esenciales*. El primero de ellos es la *credibilidad*, absolutamente imprescindible, ya que si el adversario no puede creer de ninguna manera en nuestra amenaza—porque supiera, por ejemplo, que no disponíamos de las armas indicadas o de los medios para transportarlas hasta su espacio—, esta amenaza no tiene razón de ser y su efecto podría ser en todo caso ponernos en peores condiciones que las iniciales.

A la credibilidad, fruto de la real posesión de esa gran potencia de destrucción, acompaña el segundo factor, la *irracionalidad*, que introduce el miedo hasta los extremos de terror. Si el hombre medio de esta segunda mitad del siglo XX es consciente de que el empleo de las armas nucleares es más que problemático en condiciones normales, ese mismo individuo sabe que no está, que no estamos libres de un o de unos irresponsables que «irracionalmente» desencadenaran el holocausto nuclear. Eso sin contar el siempre presente margen de error. Aquí hay que considerar que si actualmente, con cinco potencias nucleares y otras siete que podrían serlo, existe un equilibrio bastante firme, este equilibrio se rompería indefectiblemente al producirse la «democratización del átomo», al aumentar en exceso el número de quienes tendrían el dedo en el gatillo, con lo que el riesgo de la irracionalidad—y el error—aumentarían en similar desorbitada proporción.

Finalmente, *la incertidumbre* completa el cuadro de factores de la estrategia de disuasión. No sabemos exactamente la carta del adversario, pero mucho menos su voluntad de utilizarla, y si la reservará para ocasiones especiales o si cualquier movimiento originará la temida reacción. Debemos temer que se tenga la osadía de utilizar el armamento nuclear.

EN LA CRISIS DE CUBA...

Hay que calcular bien el riesgo. Hay que valorar el provecho en relación con lo que se arriesga.

En la grave crisis de Cuba, provocada por la introducción por Kruschef en la isla—zona «de los Estados Unidos», geográficamente y de acuerdo con el «statu quo» que entonces quedó roto—de cohetes con cabeza nuclear, Kennedy no dudó en amenazar directa y claramente a los rusos, bloqueando en

seguida a Cuba e intensificando los vuelos de reconocimiento sobre ella. Kruschef, el altivo dirigente soviético, comprendiendo su error, vio que los Estados Unidos hablaban seriamente y con firmes apoyos reales y optó rápidamente por acceder a la retirada de sus cohetes de la isla cubana. Esto supuso para los rusos un «descrédito» en su zona de influencia, y de cara al mundo en general fue una clara advertencia norteamericana de que se había rebasado su—amplio—límite de paciencia. Fidel Castro tuvo que resignarse. El papel de la disuasión se reflejó nítidamente en esta ocasión, aunque posteriormente los Estados Unidos no supieron aprovechar bien su ventaja.

Si fue rápida y humillante la retirada rusa, la propia habilidad diplomática, la «amistad» (muy en el fondo, pero existente entre quienes al fin y al cabo son compañeros de cordada en la cima del poder mundial) y la directa gestión rusa lograron suavizar en los detalles la humillación comunista. La insistencia estadounidense en inspeccionar ocularmente los cohetes en los barcos soviéticos, por ejemplo, no se llevó hasta el extremo—hacerlo hubiera supuesto un gran error, pues no se olvide que también los rusos se encontraban en momentos difíciles—, conformándose los EE. UU. con fotografiar desde el aire los artefactos, totalmente cubiertos por lonas, en la cubierta de los cargueros de la U. R. S. S.

MANIOBRAS Y LIBERTAD DE ACCIÓN.

La libertad de acción está hoy muy disminuída, por causa de las repercusiones que una acción directa tiene en el plano internacional. Estamos viendo cómo los estrategas ingleses han recurrido a la O. N. U. con rapidez ante la llegada al puerto de Beira, terminal del oleoducto que llevaría el petróleo a Ian Smith, de un buque petrolero. La casi totalidad del mundo apoya a Harold Wilson en su afanosa y desesperada lucha contra los rhodesianos, pero Wilson no se ha atrevido con la responsabilidad de tomar cualquier medida directa—el bloqueo, por ejemplo—precisamente porque varios países, y entre ellos uno tradicional amigo (maltratado, pero amigo) y miembro de la O. T. A. N., podrían oponer, y las opondrían, serias reservas y protestas, cuando no intervendrían de una u otra forma. La internacionalización de los conflictos es cada vez más actual. La disuasión nuclear deja, por su parte, un margen más bien simbólico de libertad de acción...

La maniobra indirecta, máxima expresión de la estrategia indirecta, se

basa en la utilización de los más diversos medios para hacer dudar al enemigo de la justicia de su causa, medios que van desde introducir en su retaguardia cierta oposición, a ser posible muy ruidosa (lo que está ocurriendo en Estados Unidos a causa de la guerra del Vietnam), para minar su moral, facultades y disponibilidades, hasta tratar de convencer por los medios que sean a buena parte de la opinión pública mundial, utilizando la propaganda de los propios éxitos e inscribiendo el conjunto de las acciones previstas en una adecuada, coherente y preestablecida línea política que resulte además atrayente, monopolizando «paz», «venceremos», etc., etc. En este momento cabe resaltar la muy considerable trascendencia que tiene en cada caso la peculiar manera de ser de la parte de la opinión pública a la que vaya preferentemente destinada la maniobra de atracción. También aquí—en resumidas cuentas se trata de una nueva forma de estrategia—hay que preverlo todo y prepararlo sin dejar nada al azar. Sería un gravísimo error basar la propaganda en un ideal, en un símbolo que a esa parte de la opinión pública mundial no le interesa o incluso fuera despreciado por ella.

Se pueden aprovechar para alcanzar el objetivo propuesto las pasiones religiosas, sociales, nacionalistas y regionalistas o de los grandes espacios. No es tampoco mala iniciativa el buscar los fallos del adversario, que forzosamente se producen en un conflicto largo. No es infrecuente el provocarlos o inventarlos...

Estrategia hábil es la de quien logra obligar al adversario, más fuerte, a efectuar maniobras impopulares, «antipáticas», aprovechando el mínimo incidente, como ocurrió en el Vietnam cuando para desalojar a los guerrilleros comunistas de unos bien defendidos refugios los norteamericanos utilizaron gases corrientes: la campaña contra los «gases letales», «gases abrasivos», etc., tuvo un eco espectacular. En el Vietnam, Ho Chi-Minh busca colocar a los Estados Unidos en posición forzada, manteniendo el *control* de la situación en general, ya que no el *dominio*, que naturalmente ejercen los soldados y la técnica estadounidense, extendiéndolo en profundos y bien meditados «raids» aéreos al Vietnam del Norte, con los objetivos de destruir las vías de comunicación, infiltración y las zonas de aprovisionamiento de los guerrilleros.

Estrategia indirecta, de acuerdo, pero con una coherencia, una homogeneidad en el planteamiento, con un apoyo en el plano propio, interior, realizado por medio de una adecuada acción psicológica, a los esfuerzos desarrollados en el exterior. De esta forma, con medios inferiores y con maniobras indirectas, sin prisas, puede vencerse a un enemigo superior en fuerza.

EL PRESTIGIO, ESTRATEGIA EN CONSERVA.

Realmente, el prestigio juega un papel muy importante en la situación actual del mundo. Las Superpotencias para demostrar su imperio y las Potencias medias, como la Francia de De Gaulle, para acceder al puesto inmediatamente siguiente, mantienen una verdadera carrera de prestigio. Es indudable que ese prestigio, alcanzado generalmente por medio de conquistas técnicas, ayudas económicas y otros actos humanitarios (que en ocasiones merecen las comillas) surte efectos inmediatos de cara a la opinión pública nacional o regional y también en la mundial, que conoce hoy, a las pocas horas de producirse, y a veces mientras se producen, los grandes acontecimientos.

Pero si los efectos inmediatos son indudables y desde luego son buscados por los dirigentes de las grandes potencias, son más trascendentales los efectos futuros. El país X puede aprovechar cierto sensacional adelanto médico o la aplicación pacífica de la energía nuclear, por ejemplo, para la calefacción de ciudades, para propagar sus ideales de paz, de cooperación mundial, etc., etc. Los medios de difusión, televisión, prensa y radio trasladan las noticias y de esta forma se constituye el entramado que en el futuro podrá serle muy útil al citado país. Tendríamos así una estrategia en conserva, ya desplegada y almacenada al mismo tiempo, y de la cual siempre podrá hacer uso ese Estado.

Las exploraciones espaciales, tripuladas o no, con su técnica ultraperfecta, como los próximos viajes a la Luna, preparados por prolongadas series de viajes orbitales y suborbitales, con espectaculares salidas al espacio y citas de aeronaves; las grandes realizaciones técnicas como la formidable presa de Assuan, financiada por los rusos y que les ha granjeado muchas felicitaciones; los satélites norteamericanos de comunicaciones, verdaderas maravillas; los grandes programas de ayuda a países subdesarrollados; la conclusión de acuerdos como los de pases del muro de Berlín, etc., son ejemplos de esta frenética carrera de prestigio. Dentro de esta carrera, pero un poco al margen de la línea principal, quedan las demostraciones de fuerza tales como gigantescos desfiles, declaraciones ampulosas...

Si al Tercer Mundo, y en general a los países subdesarrollados, les gusta el prestigio es porque piensan poder llegar algún día ellos a tenerlo. Esto explica bastantes cosas.

CONCLUSIÓN. EUROPA Y OCCIDENTE.

La estrategia indirecta no por ser menos radical que la directa, menos concreta, pierde su carácter ofensivo, que se refleja de modo palpable en la maniobra indirecta, tan usada por los rusos desde la última postguerra. Una vez más, el camino menos directo resulta más transitable y práctico que la línea recta, que supone encaramarse por las alturas con enormes precipicios a ambos lados, en los que si bien es posible que logre hacer caer al adversario también lo es que él me venza a mí... y, más aún, que nos caigamos los dos.

Europa se realiza. Occidente es Europa y algo más, junto a la fabulosa potencia de los EE. UU. ¿Qué estrategia deben seguir? Hay que partir de la base de que el buen estado de las relaciones franco-alemanas es capital para Europa (y para Occidente).

En este caso, una maniobra común, debidamente ensamblada parece lo más oportuno y eficaz. En lo que respecta al contenido, los objetivos exteriores comunes podrían delimitarse con buena voluntad. La economía del gasto y del riesgo a que antes me refería postula una abstención de contraer compromisos de intervención en zonas en las que el enemigo pueda contrarrestar nuestro esfuerzo con economía por su parte. En definitiva, cabe la unión, hace falta la unión, y con ella Occidente recuperará en su plenitud su puesto.

MAXIMILIANO BERNARD ALVAREZ DE EULATE.